

Ser escritora

Mar Solana

Sobre los Tópicos Literarios y las Expresiones Manidas



Algunos mortales tienen el don de la escritura ensamblado en su alma igual que las venas y arterias surcan todo su cuerpo. Las Letras fluyen como la sangre y, a veces, se confunden con ella oxigenando y nutriendo su existencia. Muchos se empeñan en mejorar (perfeccionar, pulir) esa circulación que les permitirá expandirse en el universo de los vasos

comunicantes que, a día de hoy, están más que repletos de sangre, versos y palabras. Unos cuidan su dieta e intentan llevar una vida sana y otros... sencillamente nos echamos al camino y nos convertimos en *Junta Letras*.

En una época en la que se está desaprendiendo el arte de «escucharnos», pero en la que también (dato curioso) necesitamos cada vez más —casi de forma compulsiva— comunicarnos y ser «escuchados». Emitir, emitir..., *bip, bip, bip...* Y nos dejamos la vida y la ilusión en el arte de expresárselo al prójimo. Cuando recreo en mi mente el comienzo de la peli *Matrix*: millones de símbolos digitales viajando a través de incontables hileras telemáticas para conseguir moverse entre universos, imagino también a mis palabras, cómo recorren a toda velocidad espacios ajenos para llegar a una suerte de limbo virtual en el que se quedan flotando igual que astronautas desorientados.

Poco (o nada) sabía yo de esos *ciber-limbos* el día que me apunté a mi primer taller *on line* de escritura creativa: *El Gozo de Escribir*. No prometían convertirte en un Chejov, una Allende o un Paul Auster, pero sí garantizaban diversión. Recuerdo que me sentía

una niña antes de estrenar sus pompones de ballet. Y todo sin moverme de casa, a golpe de roedor electrónico, ¡clic!

El curso no duró más de un mes y una vez a la semana se organizaban chats en directo, una especie de tutorías virtuales en las que los compis y la profe intercambiábamos opiniones, dudas, anécdotas y sonrisas.

Fue un mes intenso, inolvidable. Cada día nos llegaba una lección con su correspondiente ejercicio. De la primera, *El folio en blanco* (sempiterno y siempre presente), me salió un relato aprendiz de novela. Para eliminar bloqueos debíamos escribir sobre lo primero que nos viniera a la cabeza al visualizar el papel immaculado e impoluto. A mí me salió un texto que, según la profesora, no había cerrado bien y prometía ser el inicio de una novela... Todos los compañeros me halagaron y me dijeron que era una historia muy interesante con la que podrían disfrutar más personas, pero (siempre hay uno)... debía limar mucho mi estilo porque era ampuloso y retorcido. Un compañero, incluso, lo apodó de «barroco» y recargado (*oh-my-God!*)

Esa fue la primera crítica un poco seria a la que tuve que enfrentarme y, con sinceridad, me dejó bastante chafada. Tanto como para saltarme la cita de una de las tutorías, con las orejas gachas y el ánimo lamiendo el suelo. La profesora notó mi ausencia y me envió un correo muy amable. A partir de ese momento comenzamos a intercambiar mensajes sobre mi supuesto «barroquismo» a la hora de expresarme. Me dijo que mi escritura apuntaba maneras, pero que en cuanto a forma y estilo daba a las ideas y expresiones más vueltas que un chicle.

Conectamos de un modo tan especial que no tardó en hablarme de (y formarme en) la capacidad de síntesis narrativa, los *tópicos* literarios y las voces demasiado trilladas. Se trataba de *optar por la sencillez en lugar de ser tan redicho, de encontrar la manera, personal e intransferible, de enunciar tus pensamientos e imágenes para comunicarte con los lectores de forma única y original*. Se notaba que amaba su profesión porque me regaló unas valiosas lecciones sin pedirme nada a cambio. Me dejó tanta huella como para inspirarme un personaje de uno de mis cuentos en el que se quedó a vivir, en la *Gran Manzana* con el bueno y el desgarbado de Joe...

Según nuestra RAE, «... un tópico es una expresión vulgar, trivial o muy gastada por emplearla con demasiada frecuencia. Un lugar común que la retórica antigua convirtió en fórmulas o clichés fijos y admitidos en esquemas formales o conceptuales de que se sirvieron los escritores con frecuencia.».

Ella me dijo que los elementos que llamamos «tópicos» aplanan la narración y que los escritores debíamos buscar muchas veces nuestra propia mirada sobre lo dicho, al enunciar de nuevo con nuestras palabras el contenido de voces triviales.

Tuve suficiente con sus consejos para ponerme manos a la palabra, porque trabajar con expresiones tópicas, es decir, personalizar lo que ya está muy manido en literatura, se podría equiparar al trabajo de un pintor, por ejemplo, al elegir combinar los colores que le ofrece su paleta de una determinada manera totalmente idiosincrásica. O al oficio de un escultor, al esculpir su obra de una forma que sólo haría él. Y del mismo modo que de una pared gris y monótona logramos un precioso y evocador mural, nuestras expresiones tópicas podían transformarse en verdaderas delicias de letras para los lectores.

Por aquel entonces, recuerdo, cogí mi pincel y unas comunes «nubes algodonasas del estío» se convirtieron en el humo de pipas gigantes (aunque esta preciosa imagen también se la debo a mi chico...). Transformé un «centenario y fragante manzano» en un fresco y dulzón lagar que emanaba diminutas gotas de tardes de chocolate..., los «pompones de algodón» fueron de pronto dedos enfundados en terciopelo..., los «ecos de una tormenta lejana», el tambor de un gigante escondido detrás de la montaña y los «nostálgicos acordes de mi saxofón» eran como esas almendras garrapiñadas que me compraba mi padre los días de fiesta...

Creo que a todo lo que tenga que ver con el arte, o se inspire en él, le convendría tener su propia manera de afirmarse, y así existirían tantos estilos como personas expresándolos. En nuestro caso, los escritores debemos aprender a ser algo «camaleónicos» con nuestras herramientas para poder pulular con fluidez en un mundo que nos ofrece infinitas posibilidades. Instruirnos en el manejo de la «barquita» de la creatividad antes de zambullirnos en la piscina de las palabras.

Es muy importante trabajar y pulir un estilo propio, sin caer en lo ampuloso o en lo excesivamente minimalista, zen o lacónico.

Comprendí, merced al taller y a la generosidad de mi profesora, que cuando comenzamos a escribir y hacemos nuestros primeros escarceos en el mundo de las letras, no somos muy distintos a esos «personajes» que acuden por primera vez a una fiesta con lo más granado de la sociedad. Preocupados por la forma más que por el fondo, solo tienen ojos para su inmaculada y perfecta vestimenta. Les importa más el postureo del momento y llamar la atención con sus abalorios, a que les conozcan cómo son en realidad, sin adornos ni volantes. O como decía Maquiavelo, aquello de *todos ven lo que tú aparentas pero muy pocos advierten lo que eres*.

Y, la mayoría de las veces, detrás de tanto aderezo, no hay nadie «al volante» o, lo que es peor, no encontramos ninguna idea notable, inspiradora o genial. Mi profesora me vino a decir, más o menos, que lo adecuado para una comunicación óptima estriba en vestir y escribir sin dar tanto rodeo: pantalón y suéter, frases cortas y sencillas.

Quizás sea el secreto de la auténtica belleza. Y quién sabe, lo mismo algún día le quito las legañas al relato con aires de novela que se gestó en aquel fructífero taller, y le libero de su archivo virtual mientras veo nevar desde mi ventana...